

EL MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN

SANTA SABINA, SEPTIEMBRE DE 1989

F. DAMIAN BYRNE, O.P.

Santo Domingo quería que su Orden se llamase y fuese realmente una Orden de Predicadores. Tal es el título que escogió para sí y sus compañeros y el título otorgado por la Iglesia. Este título determinó no sólo su misión, sino todo su estilo de vida. Aunque son muchos los llamados a predicar, se necesita una Orden de Predicadores que recuerde a la Iglesia su misión de predicar. Como hay órdenes dedicadas a la oración, a las misiones o al servicio de los pobres y todos estamos llamados a estas cosas en una forma u otra, nosotros somos un alerta constante a toda la Iglesia sobre la importancia de la predicación. Deberíamos también sobresalir en ella.

¿Cómo debemos vivir y qué tenemos que hacer para cumplir con nuestra vocación de hombres y mujeres que proclaman el mensaje de salvación de Cristo, de tal forma que se convierta en realidad ardiente de nuestras vidas y en la vidas de aquellos a quienes somos enviados?

Vida y testimonio

Una de las claves del éxito de Domingo como predicador fue su estilo de vida. Con toda seguridad él compartiría los sentimientos de la *Evangelii Nuntiandi*: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio" (E.N. 41).

Lo que gana a la gente no es tanto lo que decimos, cuanto lo que somos. Nuestro Señor convirtió a pecadores como Mateo con una palabra, a Pedro con una simple mirada. Comió con los pecadores. Desafió los prejuicios sociales charlando y comiendo con samaritanos, con cobradores de tasas y prostitutas. Con la acción y la palabra Jesús proclamó el amor misericordioso de Dios.

En Octogesima Adveniens, Pablo VI nos recuerda: "Hoy más que nunca, la Palabra de Dios no podrá ser proclamada y ni escuchada, si/no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo operante en la acción de los cristianos al servicio de sus hermanos, en los puntos donde se juegan su existencia y su porvenir" (51). Nuestras palabras permanecen

vacías sino van acompañadas del testimonio de vida, tanto individual como comunitario. La vida común está inseparablemente unida con nuestra misión de predicar. Missio et communio son las dos caras de la misma moneda tanto en la Iglesia como en la Orden y no podemos separarlas. Por esto precisamente, a través del testimonio de sus vidas, nuestras hermanas contemplativas son el corazón de nuestra familia predicadora. Pero el testimonio de vida florece dentro de un testimonio más profundo.

Queremos ver a Jesús

En el Evangelio, nuestro Señor dijo a los apóstoles: "Vosotros seréis mis testigos". La frase 'nosotros somos testigos' significa literalmente que se ofrece la experiencia de un Cristo que está vivo, de alguien a quien es posible encontrar y hablar. La petición de quienes se acercaron a Felipe y dijeron: "Queremos ver a Jesús" es hoy el grito de muchos en el mundo. Pero, ¿cuántas veces lo descubren en la palabra que nosotros les distribuimos? Con una cierta angustia, Pablo VI escribía: "Tácitamente o a grandes gritos, siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?" (EN 76).

Lo que el mundo busca es un testimonio digno de ser creído. La gente está cansada de ficciones. Quiere ver a Jesús, como la Madre Teresa de Calcuta nos ha recordado con claridad: "La gente tendría que poder ver a Jesús en nosotros".

Si somos predicadores, debemos de ser hombres y mujeres que leen, ponderan y viven la palabra de la Escritura. Este encuentro ponderando y meditado con el Jesús de los evangelios se convierte en resorte de vida para cada uno de nosotros. De la mesa de la Palabra y de la mesa de la Eucaristía recibe su alimento nuestra vida de predicadores. Necesitamos también renovar nuestra fe en el poder de la Palabra de Dios. "La Palabra de Dios está viva, es vida..." (Heb 4,12). Cuando se la predica, Cristo está presente (cf. *Mysterium Fidei*, nº 36). Pero la palabra debe ser meditada en este momento histórico.

Aplicación

Nuestra predicación no será completa mientras no relacione el Evangelio con la vida de la gente. Lo mismo que Jesús predicó su mensaje en forma adecuada a la gente de su tiempo, así nosotros debemos de presentar su mensaje en modo apto para la gente de nuestro tiempo. Conforme al Evangelio, nuestra predicación debe aplicarse a las preguntas que nos hacen. Esto nos impone la obligación de escuchar y de estar alerta a los movimientos que se suceden con rapidez en nuestra sociedad

cambiante. ¿Cómo podemos hablar a las necesidades de la gente sino compartimos sus penas y alegrías? Como nos recuerda la *Gaudium et Spes*:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (1).

Antes de hablar debemos escuchar no solo la voz del pueblo, sino también sus ojos y sus corazones. Entonces, nuestra palabra pronunciada cada día desde el altar, en clase, en la sala del hospital..., será una palabra, de esperanza: la cualidad de la predicación en que más insistía el Papa Pablo VI.

Profética y doctrinal

Se repite la mejor tradición de la Orden cuando nuestra predicación es profética. La predicación puramente teórica y abstracta no capta ni el espíritu de Santo Domingo, ni los corazones de los fieles. La predicación profética no es puramente el compartir la ciencia, sino una proclamación alegre de la palabra de Dios viva y vivificante. Pero es necesario anunciar el mensaje completo del Evangelio.

En su Comentario a las Constituciones, Humberto de Romanis escribe: "El estudio no es la finalidad de la Orden, pero es de suprema necesidad para el fin que es la predicación y el trabajo por la salvación de las almas, porque sin el estudio no podemos hacer ni una cosa ni otra" (Opera II, p. 41). Si somos predicadores, somos también estudiantes. El día en que dejemos de leer y reflexionar, dejaremos de ser predicadores eficientes. Para seguir siendo buenos predicadores hay que ser siempre estudiantes. ¿Leemos? ¿Leemos suficientemente? La escucha real de las alegrías, penas, esperanzas y preocupaciones de la familia humana requiere estudio serio y análisis social. Requiere el aprendizaje de otras lenguas y el respeto delicado de las diferencias culturales, si el Evangelio tiene realmente que encarnarse en las nuevas culturas. Antes que nada, requiere tiempo y presencia entre aquellos a quienes debe más predicar, porque es cosa cierta que a partir de su experiencia escucharemos el Evangelio en formas nuevas.

Nosotros estamos llamados a recibir y abrazar la Palabra de Dios dondequiera que la oigamos. Domingo pasó la noche en diálogo con su hostelero, la atención de Las Casas a las diferencias culturales entre España y el "Nuevo Mundo" le exigió una nueva forma de predicación profética. La atención de Catalina a los signos de su tiempo le llevó a predicar una

palabra de compasión a las víctimas de la peste negra, pero también a proclamar la verdad como ella la veía, no sólo a los políticos, sino también a cardenales y papas.

El Obispo Diego y Domingo vieron la incapacidad de la Iglesia de su tiempo para responder con eficacia al movimiento albigense. Viviendo entre ellos, aprendiendo de ellos y escuchándoles, desarrollaron una nueva catequesis. La Iglesia necesitaba admitir los valores auténticos que se encontraban en el movimiento albigense, así como proclamar los valores auténticos que los albigenses preferían ignorar. Esto es lo que entendemos por predicación doctrinal, la predicación de la "verdad completa" del Evangelio. El reto de los albigenses hizo nacer en Domingo y Diego una respuesta creativa. ¿Cuáles son los retos que invitan a nuestra predicación de hoy a una respuesta creativa?

Para ser hijos e hijas de Santo Domingo, tenemos que insertarnos en los campos de debate, especialmente en aquellos campos en que la Iglesia encuentra dificultad para responder. Nos insertamos primero en tales campos para escuchar y aprender. Luego nos comprometemos en una reflexión teológica y en el discernimiento de nuestra respuesta, tanto con nuestros hechos y dichos, como con nuestra forma de vida. Si no estamos en medio de las necesidades de la gente, nos exponemos a desorientarnos y corremos el riesgo de ser ineficaces. Seguir a Domingo significa ser para nuestro período de historia, de la Iglesia y sociedad lo que Domingo fue para el suyo. Él es siempre nuestro punto de partida para examinarnos y renovar nuestras vidas.

Fieles a él y a nuestra tradición, nuestra propia identidad y espiritualidad debe tener sus raíces en nuestra misión de predicar. Ya en 1988, el P. Congar hacía esta sorprendente observación: "Yo podría citar toda una serie de textos antiguos, en los que se afirma -más o menos- que si en una nación se celebrara la misa durante treinta años sin predicación y en otra se predicara durante treinta años sin la celebración de la misa, la gente sería más cristiana en la nación donde hubiera habido la predicación" (Concilium, n° 33).

¿Qué significa para nosotros ser predicadores, no a principios del siglo XIII sino a finales del siglo XX? Algo que ha sido preocupación específicamente dominicana dentro de la misión de la Iglesia universal de predicar el Evangelio ha sido nuestro empeño en "proclamar la verdad". ¿Dónde está hoy la verdad no deseada o en peligro en nuestra nación, en nuestra vida personal y comunitaria e incluso en nuestra predicación?

Al igual que el mundo en que vivió Domingo, el nuestro tiene sus propias formas de dualismo a las que debemos dirigirnos: las divisiones profundas entre naciones ricas y pobres, entre razas, religiones y grupos étnicos, entre hombres y mujeres, entre naciones de ideologías políticas diferentes.

Catorce años después de la *Evangelii Nuntiandi*, podemos hacernos las mismas tres preguntas cruciales que Pablo VI hizo a toda la Iglesia:

1. ¿Qué ha sucedido hoy en día con la energía oculta de la Buena Nueva, capaz de influir poderosamente en la conciencia humana?
2. ¿En qué medida y en qué forma es capaz la fuerza evangélica de transformar realmente a la gente de este siglo?
3. ¿Qué métodos deberían seguirse para que el poder del Evangelio consiga sus efectos?

Palabra y Sacramento

La prioridad de las prioridades para todos los Dominicos es la predicación y el amor por la predicación debería de ser nuestro distintivo. Creo que según el espíritu de la *Evangelii Nuntiandi* debería de predicarse todos los días en las misas públicas. Pablo VI señala también la importancia de la predicación en la administración de los sacramentos y en las ceremonias. Dirigiéndose al Capítulo general de 1983, Juan Pablo II dijo: "Vosotros, los dominicos, tenéis la misión de predicar que Dios vive y que El es Dios de la vida y que en El reside la raíz de la dignidad y la esperanza del hombre llamado a la vida... Vuestras Constituciones conceden la prioridad al ministerio de la Palabra en todas sus formas orales y escritas y la unión entre el ministerio de la palabra y el de los sacramentos es su corona". La predicación viene en primer lugar, más si no conduce a los sacramentos es incompleta.

Es importante comprobar el poder evangelizador que nuestra predicación puede tener en el contexto de la Eucaristía diaria o semanal. Decimos que mucha gente hoy está sacramentalizada, pero no evangelizada. Esta dimensión sacramental puede no solamente brindar una ocasión de la proclamación evangélica, sino que los mismos sacramentos son palabras de evangelización por medio de los símbolos. Como nos recuerda San Agustín, la palabra es un sacramento audible y el sacramento es una palabra visible. Mientras existen muchas ocasiones para predicar la Palabra fuera de los sacramentos, sería un error ignorar la oportunidad que la celebración de los sacramentos nos ofrece para celebrar la Palabra.

Nunca deberíamos dejar pasar una oportunidad de predicar. No sólo por el bien de quien nos escucha: Yo creo que nadie puede predicar continuamente la Palabra de Dios sin ser transformado por la Palabra que predica. Tanto Pablo VI como Juan Pablo II insisten no sólo en la palabra hablada durante la celebración de los servicios de la Iglesia, sino también a través de los contactos individuales. "Imitando a Santo Domingo que estaba lleno de solicitud por la salvación de todos y cada uno, sepan los hermanos que ellos han sido enviados a todos los creyentes y especialmente a los pobres..."

¿Es ésta nuestra visión de la Iglesia y de la Orden, la práctica diaria de cada uno de nosotros? Pablo VI en una audiencia general, (3 de diciembre, 1975) dijo a algunos aspirantes y novicios dominicos: "Se dice que los dominicos son predicadores. Sin embargo no es frecuente oír la predicación de un dominico". La seriedad con que deberíamos llegarnos a nuestro ministerio de la predicación queda reflejada en la nueva Ratio Formationis, que establece que "la aptitud para la predicación debe ser uno de los elementos a tener presentes en la admisión a las órdenes".

En una reciente visita a Japón, me hablaron del gran testimonio dado por los artistas dominicos y yo me acordé de las palabras de Lorenzo de Rippafratta a Fray Angélico y a su hermano en un momento de duda: "De ningún modo seréis frailes predicadores menos auténticos si cultiváis la pintura, porque se conquista al pueblo no sólo con la predicación, sino también con las artes, especialmente la música y la pintura. Muchos que se muestran sordos a la predicación serán ganados por vuestros cuadros, que continuarán a predicar a través de los siglos". Y es verdad, siguen predicando igual que los que escriben y los que publican y cuantos están comprometidos en las diversas formas de los media.

Colaboración

Me gustaría referirme a dos formas de colaboración, una con raíces en nuestra tradición, la otra como forma reciente de la misma.

El domingo anterior a Navidad de 1511 en una capilla con techo de paja en la Isla de la Española, Antonio de Montesinos predicó un sermón sobre el texto: "Yo soy la voz que grita en el desierto". Su condena de la injusticia causó una avalancha de protestas. La gente se precipitó a quejarse al prior, Pedro de Córdoba, quien explicó ante el asombro y el disgusto general: "No ha predicado Antonio de Montesinos, sino toda la comunidad". La comunidad había decidido tomar una postura: decidieron lo que había que decir y Montesinos lo dijo.

¡Cómo se enriquecería nuestra predicación si ideáramos un método para preparar comunitariamente la homilía del domingo y para reflexionar sobre los temas clave que desafían. hoy a nuestras diversas sociedades y necesitan ser abordados en nuestra predicación'. Y si tal preparación incluyese a los laicos, mejor todavía.

Una segunda forma de colaboración hoy sería ver a toda la Familia dominicana compartiendo el común carisma de la predicación: No es que las mujeres y los laicos estén llamados a vivir la vida evangélica y los sacerdotes estén llamados a proclamar la Palabra. Ya en el siglo XIII, Tomás de Aquino sostuvo que el carisma de la predicación, que él llamaba "carisma para pronunciar palabras de sabiduría y ciencia en la comunidad cristiana", había sido dado tanto a los hombres como a las mujeres (II-II, q. 177, a. 2, 2m et 3m.).

Quien esté dotado de un carisma tiene la obligación de ejercerlo; por ello urjo a las hermanas dominicas de clausura o de vida activa, a aprovechar toda oportunidad de predicar que se les ofrezca y esté en consonancia con las circunstancias de su vida. No hay nadie que no pueda predicar con el testimonio y con su contacto "de persona a persona, contacto que conserva toda su validez" (EN 46).

No se puede discutir que la Orden está llamada hoy día a proclamar el Evangelio y a practicarlo como una sola familia. Nuestra misma diversidad y nuestros esfuerzos para crecer como familia a fin de colaborar en nuestra misión evangélica, son aspectos reales de nuestra predicación en un mundo que todavía no ha descubierto cómo mujeres y hombres, laicos y clérigos, puedan unirse en comunidad como iguales, respetuosos de las diferencias, pero unidos en la fe.

Conclusión

En mis visitas por las diferentes partes del mundo, he constatado que quienes se hallan en mayor dificultad son los que proclaman el Evangelio con mayor fuerza y los que viven la vida evangélica con mayor entrega. A causa de su situación, su predicación tiene una resonancia y un impacto mucho mayor que la de quienes predicán en ambientes de comodidad y seguridad. Tal vez será difícil que se den buenos predicadores en un pueblo que no sufre o no está oprimido. Debemos de hallarnos frente a problemas importantes para que el Evangelio sea proclamado con vigor.

El Primer Mundo tiene problemas graves con que luchar, pero la autocomplacencia y una falsa seguridad pueden cegar fácilmente al predicador para que no vea su urgencia. El Evangelio es la Buena Nueva a los pobres. Cuando echamos nuestra suerte con los pobres y oprimidos nos

convertimos en destinatarios de su Evangelio; la predicación nace entonces de un profundo compromiso con el pueblo, un compromiso que inspira una palabra de respuesta a sus necesidades. Nuestra misión es proclamar la esperanza del Evangelio más frecuentemente y predicarlo hasta el límite de nuestra visión, incluso cuando nosotros no encarnamos completamente tal visión. Como Domingo, no somos profetas de perdición o desgracia. Domingo, como Jesús, no anuncio malas noticias, sino la Buena Nueva, siendo un profeta de esperanza. Tampoco fue un moralista que amenazase castigos o crease sentimientos de culpa. Él fue -y es- el maestro espiritual que devuelve la esperanza a los que se hallan oprimidos por la pena o por el sentimiento de culpa.

Santo Domingo no tuvo dudas sobre su misión. Él sabía que era predicador. Nosotros tenemos que reevocar este sentimiento de Domingo, reconociéndonos no tanto como "Dominicos", como cuanto "Predicadores".

Yo he propuesto al Capítulo de Julio las siguientes interrogaciones:

1. ¿Se halla mi vida donde se hallan mis palabras?
2. ¿Son reconocidos los dominicos en todo el mundo como la Orden de Predicadores?
3. Como parte de nuestra renovación continua, ¿no tendríamos que vernos más como predicadores, título que nos dieron el Papa Honorio y Santo Domingo?
4. ¿Cuáles son las experiencias humanas que me forman a mí y a mis palabras? ¿En qué medida he permitido que el grito de los pobres, de los sin categoría social, educación o poder influya en mi comprensión del Evangelio y en mi anuncio del mismo?
5. ¿Cómo predico Yo? ¿Se basa mi predicación en la oración y en el estudio? ¿He hecho de la Palabra de Dios algo familiar? ¿Me predico a mí mismo, -mis ideas-, o a Jesucristo? ¿Acepto lo que yo soy, permitiendo a los otros que me enseñen? ¿Cómo he continuado mi formación como predicador? ¿Busco la colaboración de mis hermanos, hermanas y del laicado en mi ministerio de predicación?.
6. ¿De qué forma puede nuestra manera particular de vivir juntos promover directamente la oración, el estudio y el anuncio, -elementos integrantes de la predicación-, a fin de ser identificados públicamente como "los Predicadores"?

¡Somos Predicadores!. Alegrémonos de nuestra vocación, hombres y mujeres a quienes ha sido confiada la Palabra y la visión de Dios para nuestro mundo.